

LA AVENTURA DEL AMAZONAS EN LA  
*RELACIÓN DE FRAY GASPAR DE CARVAJAL*

*Trinidad Barrera*  
*Universidad de Sevilla*

A la punta llegaron fácilmente,  
Mas no pudo volver el Orellana,  
Forzado de grandísima corriente,  
Si la fuerza no fue su propia gana;  
Porque desapareció con esta gente  
Huyendo de la tierra comarcana;  
Vajilla y ropa se llevo consigo  
Con las demás preseas que ya digo  
(Elegía XIV, Canto II; Juan de Castellanos)

La exploración del Amazonas fue un proceso largo que duró casi un siglo y medio jalonado en diversos momentos. La *Relación del nuevo descubrimiento del río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*, realizada por el dominico fray Gaspar de Carvajal, es la primera pieza y viene a formar parte de un nutrido grupo de textos que se ocupan de la aventura amazónica a lo largo de los siglos XVI y XVII, entre las que se incluyen, la de Francisco Vázquez, la de Pedrarias de Almesto (que prácticamente reproduce a Vázquez), la del viaje de Pedro Texeira, atribuida al jesuita Alonso de Rojas (o anónima ?), además de Toribio de Ortiguera, cronista de la expedición de Ursúa y Aguirre,

en su *Jornada del río Marañón* (1581-86), los jesuitas José Chantre y Herrera (*Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español*, 1637-1767), Cristóbal de Acuña (*Nuevo descubrimiento del Gran Río de las Amazonas*, 1641) o el P. Manuel Rodríguez (*El Marañón y Amazonas*, 1684), como las más relevantes. A todos ellos habría que sumar el eco que se hacen los cronistas generales tales como Pedro Cieza de León en su *Crónica del Perú* «“Guerra de Chupas”, LII, cap. IV», López de Gómara en *Historia general de las Indias* (caps. LXXXVI y CXLIII), Agustín de Zárate (*Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú*), el Inca Garcilaso de la Vega (cap. IV, libro III de la *Historia general del Perú*), Antonio de Herrera o Gonzalo Fernández de Oviedo.

Si bien la odisea de Francisco de Orellana fue una de las pioneras habría que matizar que la desembocadura del río había sido vista en 1500 «por los marinos que integraban la expediciones de Vicente Yáñez Pinzón, Diego de Lepe y Alonso Vélez»<sup>1</sup>. En diciembre de 1541, el capitán Francisco de Orellana, acompañado de medio centenar de hombres y del fraile dominico Gaspar de Carvajal, abandonaría el real de Gonzalo Pizarro para buscar mantenimientos. La fortuna no fue propicia en lo que a alimentos se refiere pero, como contrapartida, Orellana y sus hombres se vieron, con escasos medios físicos, recorriendo el gran río hoy llamado Amazonas y realizando la primera navegación completa de su curso, desde los Andes ecuatorianos hasta el mar Atlántico. El 11 de setiembre del siguiente año, 1542, se puso fin a esta odisea marítima con el desembarco, en la isla de Cubagua (Nueva Cádiz), del segundo de los bergantines. Amargos sinsabores acarrearía al trujillano lo que en su época se interpretó como una deserción; sin embargo, posiblemente para contrarrestar lo que le venía encima al trujillano, el dominico que lo acompañaba dejó escrita la «relación» de dicho viaje, donde en todo momento pone especial cuidado en dejar clara la inculpabilidad de Orellana restableciendo la honra y resguardando la fama de su capitán, una fortuna adversa que no está desprovista de la máxima horaciana *utile dulci* : «Yo Fray Gaspar de Carvajal [...] he querido tomar este poco trabajo y suceso de nuestro camino y navegación, así para decirla y notificar la verdad en todo ello, como para quitar ocasiones a muchos que quieran contar esta nuestra peregrinación o al revés de como lo

<sup>1</sup> Díez, 2002, p. 5.

hemos pasado y visto»<sup>2</sup>. Habrá que esperar veinte años para una nueva expedición, en este caso, desde Perú, la del navarro Pedro de Ursúa, asociada al tristemente famoso Lope de Aguirre. Y de ahí nos vamos a principios del XVII con la expedición de Pedro Texeira, en un momento en que españoles y portugueses compartían una única corona. Dicha expedición remontó los ríos Napo y Coca hasta llegar a San Francisco de Quito. Más tarde vendrían las expediciones de Cristóbal de Acuña y José de Artieda en 1640, los comienzos de la primacía jesuita sobre la cuenca y las polémicas entre franciscanos y jesuitas, y aún carmelitas, por el lado portugués.

De esta *Relación* se conocen dos versiones: una, insertada por Fernández de Oviedo en el tomo IV de su *Historia general y natural de las Indias* (libro L, capítulo XXIV), que recoge básicamente el relato del fraile más algunos datos ofrecidos por el propio Orellana en Santo Domingo; y otra, la del propio Carvajal, de la que nos han llegado dos copias de diferentes épocas. La primera se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (fondo de la colección J. B. Muñoz) con algunas lagunas en los folios; la segunda perteneció al duque de T' Serclaes de Tilly, y se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid<sup>3</sup>. El breve texto de Carvajal es una escueta relación de servicios de las ordenadas por la Corona, de ahí las noticias referentes al terreno, gentes, mantenimientos, lenguas, nombres de provincias y poblaciones, sitios que poseían riquezas, así como la ausencia de proemio, aunque aún no tengan estas Relaciones carácter oficial ya que se hacen oficiales a partir de 1574, con Oviedo, Godoy y Velasco, respectivamente.

Es bien conocido que la relación de hechos fue uno de los vehículos narrativos más utilizados en la época. Su condición la acerca al informe

<sup>2</sup> El texto al que nos referimos lleva por título: *Relación que escribió fray Gaspar de Carvajal, fraile de la orden de Santo Domingo de Guzmán, del nuevo descubrimiento del famoso río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana desde su nacimiento hasta salir al mar, con cincuenta y siete hombres que trajo consigo y se echó a su ventura por el dicho río, y por el nombre del capitán que le descubrió se llamó el río de Orellana*. Citamos por la edición contenida en *La aventura del Amazonas*, Madrid, Historia 16, 1986. Dicha edición ha sido reproducida por el mismo Díaz Maderuelo en Madrid, Dustin, 2002, p. 98.

<sup>3</sup> La obra de Carvajal no vio la luz hasta 1894, en Madrid, gracias a José Toribio Medina. Recoge el manuscrito de T' Serclaes, con una introducción histórica e importantes documentos relativos a Gonzalo Pizarro, Orellana ante el Consejo de Indias, las cartas de éste y de fray Pablo de Torres al emperador y las capitulaciones de Orellana para su segundo viaje. La reprodujo Diez Maderuelo en 1986 y 2002. En 1993 realiza otra edición M. Cuesta, patrocinada por el Banco Santander de Negocios.

de testigo ocular (caso de Carvajal) y a la autobiografía. Como apunta González Echevarría, «las relaciones eran esencialmente documentos legales en los que el firmante daba cuenta de su persona y de los hechos pertinentes al caso»<sup>4</sup>. A diferencia de las historias, no se ocupan de hechos cumbres sino de incidentes cotidianos, aunque en algunos casos la perspectiva del tiempo llegará a invertir los valores. En la misma idea sigue argumentando González Echevarría: «[la relación] no pretende reflejar una verdad trascendental que extrae de los hechos que narra, sino que es parte de esos hechos de la realidad misma que relata, de ahí su valor antropológico e histórico en el sentido moderno de la palabra [...] [y] su valor literario posible»<sup>5</sup>.

El texto que ha llegado hasta nosotros sobre la expedición de Orellana no está dividido en capítulos pero muestra una secuencia progresiva clara que se puede dividir en tres partes: una parte introductoria que va desde el inicio del relato hasta la separación de Pizarro y Orellana. A su vez, puede ser dividida en dos momentos, según la referencia indirecta o directa del relator de los hechos. Esta parte preliminar deja al descubierto dos cosas: el fracaso de la expedición canelera y la desacertada decisión de Gonzalo Pizarro frente a la prudencia de Orellana y su concepto de la honra: «le pareció que no cumplía con su honra dar la vuelta sobre tanta pérdida»<sup>6</sup>. El comienzo de la aventura y de las posteriores controversias se instala en esta primera parte: «y así, el capitán Orellana tomó consigo cincuenta y siete hombres con los cuales se metió en el barco ya dicho y en ciertas canoas que a los indios se había tomado, y comenzó a seguir su río abajo con propósito de luego dar la vuelta, si comida se hallase; lo cual salió al contrario de como todos pensábamos»<sup>7</sup>. A partir de este momento la pluma de Carvajal seguirá sólo los pasos de Orellana y su grupo, entre los que se encontraba él mismo.

Viene luego el “corpus” completo de la navegación amazónica, el continuo navegar por la corriente del río, de forma si no involuntaria<sup>8</sup> cuando menos desconcertada, impulsados los protagonistas por la búsqueda de mantenimientos. El grupo irá progresivamente agotando jornadas marcadas por el hambre y el contacto-encuentro con diversos pue-

<sup>4</sup> González Echevarría, 1954, p. 160.

<sup>5</sup> González Echevarría, 1954, p. 162.

<sup>6</sup> Carvajal, 1986, p. 42

<sup>7</sup> Carvajal, 1986, p. 42.

<sup>8</sup> Acerca de las razones de Orellana, ver L. Gil Munilla.

blos indios, hecho que se contempla como forma de paliar las calamidades motivadas por la falta de alimentos. El descriptivismo de la tierra y de los aborígenes así como el carácter pacífico o bélico de estos encuentros es la tónica dominante. El hambre es factor decisivo en el avance. Al igual que ocurre en otras crónicas, la de Cabeza de Vaca por ejemplo, se llega a situaciones límites en las que los españoles se ven obligados a comer «cueros, cintas y suelas de zapatos cocidas con algunas hierbas»<sup>9</sup>.

La prudencia del capitán dicta los encuentros con los indios de la zona, a algunos de los cuales llegó a hablarles en su idioma. Entre los diversos pueblos que les salen al encuentro destacan los que habitan el territorio de los Imarais y los de las provincias de Machiparo, pacíficos los primeros y belicosos los segundos. Si en diciembre de 1541 tuvo lugar el desmembramiento del grupo, «el día de año nuevo del cuarenta y dos», Orellana y sus gentes, desorientados, corren «gran peligro a cabsa de la gran hambre», dirá Carvajal, hasta el punto que la presencia de los indios no se traduce en temor sino en alivio: comida y descanso. Cuatro meses más tarde llegarían a las provincias de Machiparo, cuyo cacique homónimo «confina con otro señor tan grande llamado Omagua» (u Omagua). Aquí comienzan las primeras ofensivas indígenas ante las cuales Carvajal pone buen cuidado en señalar el comportamiento de Orellana: no arriesgar a sus soldados más de lo preciso con el fin de buscar mantenimientos y subsistir, pues era su propósito descubrir y no conquistar, preocupados como estaban por la salida al mar<sup>10</sup>. Después vendrían los territorios de Omagua, asociados al Dorado<sup>11</sup>; Paguana, cuyas gentes sobresalían por su pacifismo, y una provincia de nombre desconocido «muy más belicosa y de mucha gente y que nos daba mucha guerra. Desta provincia no supimos cómo se llama el señor de ella»<sup>12</sup>. Se inicia así un continuo peregrinaje de zona en zona, algunos de cuyos habitantes se definían como tributarios de las Amazonas. El «pasemos adelante otro día» va a ser la forma de enlace en este rápido sumario de tierras visitadas, hasta llegar «de golpe en la buena tierra y señorío de las Amazonas»<sup>13</sup>, presencia que viene anunciándose desde el comienzo, allá por el señorío de Aparia. Después se sucederían las tierras

<sup>9</sup> Carvajal, 1986, p. 44.

<sup>10</sup> Carvajal, 1986, pp. 64-65.

<sup>11</sup> Sobre este tema ver Juan Gil.

<sup>12</sup> Carvajal, 1986, p. 71.

<sup>13</sup> Carvajal, 1986, p. 79.

del cacique Arripuna, de su vecino Tinamostón, de Ichipayo, y así hasta llegar a las islas de la desembocadura del río. El día 29 de agosto se separan los dos bergantines.

Un tercer momento corresponde al desenlace, marcada por el arribo a Cubagua de los dos barcos en un intervalo de dos días, 9 y 11 de septiembre. Silencio en Carvajal por lo que respecta a esta decena de días, posiblemente motivados porque se entera al llegar a Cubagua de la muerte de fray Vicente de Valverde y decide volver al Perú donde tuvo conocimiento de los cargos de traición que pesaban sobre Orellana. Retoma el relato para informar escuetamente del buen recibimiento en Nueva Cádiz y, sobre todo, de la decisión final de Orellana de ir a dar cuentas a su Majestad «deste nuevo y gran descubrimiento y deste río, el cual tenemos que es Marañón»<sup>14</sup>. El relato termina con la declaración de la autoría.

Si bien el relato participa del llamado discurso mítico de la conquista, no menos cierto es que también se acerca a la retórica del infortunio, en mezcla final de fracaso con éxito. Con el discurso mítico comparte la presencia de botín mítico-fabuloso, la acción trifásica de dominio, cristianización y apropiación y la figura del conquistador-héroe mítico pero la retórica del infortunio no le es ajena. Los territorios recorridos por el grupo distan mucho de ser un paraíso. Como se ha dicho, el hambre y la falta de recursos propios dramatizan el recorrido; algunos de los hombres llegan a morir de inanición así como las corrientes de los ríos dificultan el navegar. Como en *Naufragios*, se verán obligados a actuar dos veces como improvisados astilleros, desde hacer carbón o fuelles de borceguías a fundir acero para fabricar clavos. Todo esto se hace no sin gran trabajo para gente inexperta en el oficio y en bajas condiciones físicas. Pero no todo es calamidad en el trayecto ya que, como veremos, se dan noticias indirectas del rico territorio de Omagua o de la presencia de las Amazonas. Es indudable que Carvajal quiere dejar claro que la acción heroica está subordinada a la lucha desesperada por la supervivencia, ya desde la salida del real de Pizarro. La necesidad cancela *a priori* todas las ambiciones. El dominio y la cristianización tienen que ser necesariamente postergados a otros momentos más propicios y la “apropiación” se ve reducida al mínimo: comida para no morir de hambre y poder seguir el avance. A diferencia de Pánfilo de Narváez que, en la relación de Cabeza de Vaca, aparece siempre como desorientado y vulnerable, Orellana observa las proporciones del héroe mítico incorrupti-

<sup>14</sup> Carvajal, 1986, pp. 97-98.

ble: dirige a sus hombres, los arenga cuando viene al caso y los conduce hasta buen puerto sin abandonarlos nunca a su suerte. A la adversidad se enfrentará Orellana confiado en su poder y en las fuerzas del destino.

El relato está escrito en un lenguaje escueto, prácticamente carente de artificios retóricos, como correspondía a una “relación de servicios”. Nuestro relator es consciente de ello y aún le preocupa no ser prolijo o aburrir al lector con digresiones o detalles y dice «y porque la prodigalidad engendra fastidio, así, superficial y sumariamente, he relatado»<sup>15</sup>. Carvajal muestra, sin embargo, su presencia como organizador de la narración: «Volviendo a la historia digo que [...]»<sup>16</sup>, y como co-protagonista de ella: «pero lo que de aquí en adelante dijere será como testigo de vista y hombre a quien Dios quiso dar parte de un tan nuevo y nunca visto descubrimiento»<sup>17</sup>. En estilo indirecto, usa el punto de vista personal del actor y del testigo presencial, ligado al asunto del relato y comprometido con él mismo y con su capitán. Sólo el inicio escapa a su mirada: «y aunque esto que he dicho hasta aquí no lo vi ni me hallé en ello, pero infórmeme de todos los que venían con el dicho capitán»<sup>18</sup>. Su protagonismo es prudente ya que su figura siempre aparece rezagada frente a los actos y actitudes del jefe, de las que nos da puntual cuenta entre la admiración y la lealtad a Orellana.

Como es sabido, durante la segunda mitad del siglo XVI se sucedieron otras expediciones como las de Orellana en pos de objetivos maravillosos y quiméricos, motor seductor de estos nuevos argonautas. El fracaso en que desembocó la materialización real de estos fantasmas no hizo sino acuciar aun más su búsqueda. En la mente de los conquistadores se barajaron posibilidades distintas: leyendas y tradiciones de origen clásico, medieval, oriental o indígena que algunas veces coincidían y otras se contradecían. En ocasiones las informaciones indígenas eran mal interpretadas por los españoles o maliciosamente contadas por los propios nativos. Poco importaban fuentes o informantes para que el objetivo mítico tomase impulso. Precisamente esta relación de Fray Gaspar de Carvajal es uno de los textos más ricos en este sentido ya que da pábulo a tres mitos de la época: el país de la Canela, el Dorado y las

<sup>15</sup> Carvajal, 1986, p. 98.

<sup>16</sup> Carvajal, 1986, p. 68.

<sup>17</sup> Carvajal, 1986, p. 40.

<sup>18</sup> Carvajal, 1986, p. 40.

Amazonas<sup>19</sup>. Al respecto vale recordar que la expansión americana se desarrolló paralelamente en el norte y en el sur: ambos polos gozaron de sus peculiares mitos engarzados a la expansión territorial. «Los mitos fundamentales de la conquista del continente sur se levantaron sobre una hipótesis fundamental: la existencia de una región fabulosa situada sobre la franja equinoccial en el interior del continente»<sup>20</sup>, hipótesis ligada a la prestigiosa teoría de la época acerca de la distribución de los metales preciosos en el globo terrestre.

Precisamente, el origen de lo que aquí se relata remite a la búsqueda de la tierra de la Canela<sup>21</sup>. Es conocido el interés que en portugueses y españoles se despertó por las islas de la Especiería, uno de los comercios más fructíferos de la Edad Media. Al propio Colón se le imputa esa búsqueda que no cesaría hasta que, más tarde, Magallanes encuentre el paso al Oriente. Pedro Mártir de Anglería dedicó en sus *Décadas* toda una parte al tema, convencido de que próximo al Ecuador se encontrarían tierras «ricas en arenas de oro [...] quién duda que también en este género de las aromas, debajo de tamaña mole del cielo puedan encontrarse otras tierras que reciban esta misma virtud concedida a las islas Malucas»<sup>22</sup> (VII, libro VI, capítulo 1). Embebidos por ese filtro mágico, resulta que «a Quito llevaron algunos indígenas del otro lado de los Andes hojas y flores de canela: su vista encendió ansias de descubrir y conquistar la región donde crecían esos árboles»<sup>23</sup>. Ya González de Oviedo nos da noticias de los orígenes del tema: «Belalcázar, dende entonces tuvo noticia mucha de la canela, e aún según dél me dijo en esta cibdad de Sto. Domingo, cuando tornaba de España proveído por gobernador de Popayán, su opinión era que hacia el río Marañón la había de hallar e que aquella canela se había de llevar a Castilla e a Europa por el dicho río»<sup>24</sup> (Libro XLIX, capítulo 1). Pero pronto la realidad se impone a la

<sup>19</sup> Se puede hablar también de la existencia de uno de los motivos típicos de los libros de ficción, retomados por los cronistas. Nos referimos a las historias de naufragos abandonados, en este caso la expedición de Diego de Ordaz. En el Amazonas y el Orinoco subsistió largo tiempo la creencia de que por aquellas regiones había españoles perdidos desde hacía muchos años.

<sup>20</sup> Pastor, 1983, pp. 342-343.

<sup>21</sup> Carvajal, 1986, p. 39.

<sup>22</sup> Mártir de Anglería, 1964.

<sup>23</sup> Bayle, 1943, p. 159.

<sup>24</sup> Fernández de Oviedo y Valdés, 1959.



ficción y la navegación amazónica se convierte en algo más importante que la hipotética canela o el mítico Dorado.

La idea del oro y las especias estuvieron unidas a territorios peruanos. Si hemos de hacer caso a Cieza de León, el Dorado estaba en el país de la Canela, lo que explica que ambas motivaciones aparezcan aquí juntas e incluso como intercambiables<sup>25</sup>. Quizás el origen de la leyenda doradista en tierras peruanas se encuentre en la huida del capitán de Atahualpa hacia Quito, con sus preciados tesoros. Pero, no nos engañemos, el Dorado se haría ubicuo a lo largo de aquellos años. Es más probable que, como apunta Gandía, el nombre del Dorado provenga de la noticia que le dieron a Benalcázar, allá por 1534, sobre la existencia del indio cubierto de oro, de la aldea y laguna de Guatavita, que acostumbraba a espolvorearse con el rico metal para realizar diversas ceremonias religiosas. Con el tiempo, el Dorado pasó a ser «sinónimo de imperios maravillosos, ciudades fantásticas, riquezas inconcebibles»<sup>26</sup>. Su fama corrió de norte a sur, desde el norte de la América meridional a Perú y de allí al Río de la Plata. A su paso sufrió varias metamorfosis y llegó a ser ciudad, país, montañas, lagos, pero siempre sinónimo de riquezas. «Perdida la primitiva significación del Dorado, con la cual se designaba al cacique de la laguna de la Guatavita, los historiadores se apropiaron de aquel ‘nombre campanudo’ para colgárselo a innumerables expediciones y conquistas»<sup>27</sup>. Ello explicaría también su asociación con el país de la Canela o con el territorio de los Omaguas. Unas crónicas alimentan la fantasía de las otras y en este sentido actúa nuestro texto al asociar a los territorios de Omagua con la existencia de riquezas: «y todo lo que en esta casa había de barro lo había en la tierra adentro de oro y plata»<sup>28</sup>. Ya con anterioridad, en el territorio de los Imaras, gracias a Aparia, los expedicionarios obtienen las primeras noticias de gran riqueza de oro, atribuidas a un tal Ica, que «nunca le vimos, porque como digo, se nos quedó desviado el río»<sup>29</sup>. En ningún momento el texto de Carvajal da pie para pensar en un oculto propósito de Orellana, más bien se diría

<sup>25</sup> Sin embargo, en la carta que Pizarro escribió al rey, en setiembre de 1542, al regreso de la expedición, se habla, como objetivos, de la provincia de «la Canela y laguna del Dorado, tierra muy poblada y muy rica».

<sup>26</sup> Gandía, 1946, pp. 111-112.

<sup>27</sup> Gandía, 1946, p. 132.

<sup>28</sup> Carvajal, 1986, p. 69.

<sup>29</sup> Carvajal, 1986, p. 48.

que las noticias doradistas son de carácter fortuito y movidas por el propósito informador de cara a futuras expediciones.

Canela-Dorado, Dorado-Amazonas, una cadena sobre el territorio y señorío de las míticas Amazonas de las que hay aquí amplia información y, cómo no, son señoras que poseen «muy grandísima riqueza de oro y plata». Es éste uno de los pocos mitos que se desplaza desde México al sur del Continente y uno de los más persistentes en el tiempo (sus referencias llegan hasta el siglo XVIII). Comenta Leonard que «las instrucciones que daban los jefes españoles y los contratos que celebraban los conquistadores con quienes financiaban los viajes [...] frecuentemente incluían cláusulas requiriendo la búsqueda de esas mujeres mitológicas»<sup>30</sup>. En relación con los orígenes de la obsesiva presencia amazónica, Leonard los asocia a los libros de caballería, tan populares en su tiempo y, más concretamente, con la *Sergas de Esplandián* (1510), quinto libro de las hazañas de Amadís, en este caso de su hijo. Gracias a Montalvo, su autor, aquéllas se localizaron en territorio americano, «a la diestra mano de las Indias», aunque ya Colón en su *Diario del primer viaje* (1493) decía: «De la isla de Martinino dixo aquel indio que era toda poblada de mugeres sin hombres, y que en ella ay mucho tuob, qu'es oro o alambre, y que es más al Leste de Carib»<sup>31</sup>. Vemos, pues, cómo la idea de la riqueza viene asociada a estas mujeres y así se transmite de unos cronistas a otros. Colón, Pedro Mártir, Montalvo, Diego Velázquez, Hernán Cortés y un largo etcétera. De América a España y de nuevo a América, de Norte a Sur, su búsqueda siguió siendo una idea fija y celosa. Como bien anotó Leonard: «En las décadas cuarta y quinta, cuando llegaron a su grado más espectacular los esfuerzos por dominar el continente del Sur, la leyenda de las Amazonas no había perdido un ápice de su prístino atractivo»<sup>32</sup>.

La crónica del viaje de Orellana es una de las más espectaculares en relación con el tema. La sombra de estas mujeres acompaña el recorrido expedicionario y Carvajal, minuciosamente, prepara al lector para su encuentro. Primero fueron las noticias del cacique Aparia que unían amazonas y riquezas; más adelante, también en territorio de Aparia, la información se repitió bajo la forma de aviso de peligro: «que mirásemos

<sup>30</sup> Leonard, 1979, p. 51. Sobre el origen del mito de las Amazonas, ver Alonso del Real, 1967.

<sup>31</sup> Colón, 1984, p. 115.

<sup>32</sup> Leonard, 1979, p. 15.

lo que hacíamos, que éramos pocos y ellas muchas, que nos matarían»<sup>33</sup>. Los Machiparos les aconsejan lo mismo, pero en aquella ocasión llegarían a toparse con indios tributarios de las mujeres; finalmente, el 24 de junio, «dimos de golpe en la buena tierra y señorío de las Amazonas [...] y vinieron hasta diez o doce, que estas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios como capitanas»<sup>34</sup>. Lo que hasta ese momento había sido una amenazante sospecha se hace realidad y Carvajal se revela como un consumado artífice que ha sabido dosificar la intriga narrativa. Según la fórmula de estas relaciones, el encuentro exige la descripción y nuestro cronista no escatima detalles al hacerla y aun recurre a una tradición sobre el tema: «son muy blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza y son muy membrudas»<sup>35</sup>. Pero, habilidosamente, declina parte de su responsabilidad cuando completa la información con los extensos detalles que un prisionero indio suministró. En ese relato las mujeres aparecen con todos los atributos y condiciones de vida que la antigüedad había transmitido, más las variantes propias de la zona. Cuando Carvajal termina de transcribir la conversación se convierte en aval de lo contado: «y todo lo que este indio dijo y más nos habían dicho a nosotros a seis leguas de Quito, porque de estas mujeres había allí gran noticia»<sup>36</sup>.

Ficción e historia entran en colisión y se fusionan. Si la reina Calafia y sus dominios están en el origen de la reina Coñori y en el suyo, no menos cierto es que el mito clásico anda también detrás. Más importante aún es el fondo de verdad que estas descripciones traslucen: el encuentro con tribus de mujeres guerreras<sup>37</sup>. El resultado es el mestizaje mítico que se extiende como una mancha de aceite: «Cuando el Dorado se corrió hacia el sur, a los Mojos, lo acompañaron sus vecinas las Amazonas»<sup>38</sup>. En consecuencia, nos atreveríamos a decir que el acto narrativo de Carvajal es una operación lingüística mediante la cual, a través de la representación del infortunio, intenta persuadirnos exponiendo

<sup>33</sup> Carvajal, 1986, p. 54.

<sup>34</sup> Carvajal, 1986, p. 81.

<sup>35</sup> Carvajal, 1986, p. 81.

<sup>36</sup> Carvajal, 1986, p. 87.

<sup>37</sup> Algunos historiadores, como Gandía, opinan que estas supuestas Amazonas eran reflejos de las vírgenes del sol. Por su parte, Cúneo Vidal las cree inspiradas en la capullanas o cacas de la costa Norte del Perú durante el imperio incaico (en Gandía, 1946, p. 105).

<sup>38</sup> Bayle, 1943, p. 197.

los padecimientos sufridos en ese navegar, una forma de llegar al otro acercándole los males que no ha padecido para procurar conmovele; por otro lado calla lo que pueda resultar contrario y enfatiza el *utile dulci*. Tantas calamidades, hambre, frío o recibimientos hostiles, se han visto compensadas con la navegación completa y pionera del río, con la presencia de las míticas Amazonas y con el acercamiento al Dorado que está cada vez más próximo. El texto de Carvajal es una de las primeras y más interesantes piezas de este enorme puzzle que fue la aventura amazónica, también llamada del Marañón.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA MALTA, Demetrio, *El Quijote de El Dorado: Orellana y el río de las Amazonas*, Madrid, Guadarrama, 1964.
- ALONSO DEL REAL, Carlos, *Realidad y leyenda de las Amazonas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967.
- BAYLE, Constantino, *El Dorado fantasma*, Madrid, Consejo de la Hispanidad, 1943.
- CARVAJAL, fray Gaspar de, *Relación que escribió fray Gaspar de Carvajal, fraile de la orden de Santo Domingo de Guzmán, del nuevo descubrimiento del famoso río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana...*, en *La aventura del Amazonas*, edición de Rafael Díaz, Madrid, Historia 16, 1986, pp. 37-98. Reproducida en 2002, Madrid, Ediciones Dustin.
- COLÓN, Cristóbal, *Textos y documentos completos*, edición de Consuelo Varela, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, edición de Juan Pérez de Tudela, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 5 Vols., 1959.
- GANDÍA, Enrique de, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, Buenos Aires, CDL, 1946.
- GIL, Juan, *Mitos y utopías del Descubrimiento 3. El Dorado*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- GIL MUNILLA, Ladislao, *Descubrimiento del Marañón*, Sevilla, EEHA, 1954.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto, «Humanismo, retórica y las crónicas de la Conquista», *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, ed. Roberto González Echevarría, Caracas, Monte Ávila, 1954, pp. 149-166.
- LEONARD, Irving A., *Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro, *Décadas del Nuevo Mundo*, traducción de Agustín Millares Carlo, México, Porrúa, 2 Vols., 1964.
- PASTOR, Beatriz, *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas, 1983.